

luego como quedara viuda; mas para esto necesitaba un apoyo, y ¿dónde buscarlo? ¿Acaso el de los *importantes* que con su conducta pueril y atolondrada habian hecho patente su necia presuncion? Ana de Austria, aunque no era una inteligencia privilegiada, tenia la suficiente para no disimularse que la victoria de sus amigos seria la derrota de la monarquía y la humillacion del poder real que estaba destinada á ejercer; sin contar que la victoria de tales necios, atendida su nulidad, era dudosa y seria en todo caso efimera. En esta disposicion de ánimo se le acercó Mazarino con sus colegas, los cuales le prometieron ayudarla á lograr la regencia absoluta una vez muerto el rey, poniendo á su disposicion su reconocido talento y toda la poderosa organizacion administrativa. La reina viuda tenia suficiente talento y conciencia de su posicion y dignidad para comprender los consejos de la prudencia y del deber, que la mandaban aliarse con los amigos de Richelieu, valientes defensores de una monarquía vigorosa, y con esto quedó asegurado el porvenir de estos defensores; pero á fin de no excitar disturbios en los momentos críticos del cambio de gobierno, tuvo buen cuidado de ocultar al público esta evolucion, dejando á los *importantes* muy persuadidos de que iban á ser poder cuando Ana se encargó á nombre de Luis XIV, en 14 de mayo de 1643, de la regencia. Las limitaciones impuestas por el difunto fueron luego anuladas por el parlamento de Paris, el tribunal supremo del reino, con el apoyo declarado de los *importantes*, y merced al secreto de los ministros; y el primer uso que hizo Ana de Austria de su poder fué, con asombro de todo el mundo, nombrar á Mazarino primer ministro!

Verdad es que era imposible desear un ministro más amable y solícito que Mazarino que decia que por su parte solo deseaba del gobierno los cuidados y los trabajos; que no reclamaba puestos distinguidos, ni riquezas ni gobiernos de provincias para sí y sus amigos, y que alejaria de la corte con inflexible severidad á todos sus parientes apenas se presentaran. Además era accesible y escuchaba á todo el mundo; afable y bondadoso de palabra y obra y su hospitalidad era brillante. Los mismos príncipes de sangre real y los importantes empezaron á buscar la amistad de semejante ministro, que además de tener en sus manos todo el poder, les era indispensable como árbitro amistoso, conciliador y justo en sus divergencias interiores de partido y personales. El entusiasmo general pronuncióse cuando llegó la noticia de la brillante victoria que el joven duque de Enghien, hijo del príncipe de Condé, despues llamado el Gran Condé, alcanzó en 19 de mayo sobre los españoles cerca de Rocroy. Todo el pueblo aclamó al gobierno que empezaba bajo tan magníficos auspicios, mientras en las clases más altas la reina, con su liberalidad, porque hubiera dado cualquiera cosa por reconciliarse con todo el mundo y hacer desaparecer el despecho de los que se veían chasqueados, logró establecer realmente por algun tiempo la paz y la concordia, y crear una vida alegre, de lujo y de fausto; tanto que mucho tiempo despues cantaban todavía los poetas «el tiempo feliz de la regencia».

Sin embargo no duró mucho esta paz porque los *importantes*, fiados en el afecto y debilidad de la reina, querian apoderarse de las riendas del gobierno, y hacer la paz sin tardanza con España costara lo que costase, solo por contrariar la memoria de Richelieu y su política enérgica nacional. A semejantes planes opúsose Mazarino y supo convencer á la reina en igual sentido. A esto contestaron los contrarios Beaufort y su amigos, insultando en su ira á la misma reina, y organizando una conspiracion formal contra la vida del cardenal; con lo cual dieron á este el deseado pretexto para

poner preso al nieto de Enrique IV en setiembre de 1643, para desterrar á todo el partido de los *importantes* á sus posesiones mas lejanas ó al extranjero y para llenar las oficinas del ministerio exclusivamente con partidarios suyos y de confianza. De este modo llegó á ser ministro principal no solo de nombre sino también de hecho, con un poder tan vasto é ilimitado como habia podido tenerlo el mismo Richelieu; y como si la reina hubiese querido significarlo así á todo el mundo, alojáronse ella, sus hijos y Mazarino bajo el mismo techo, en el suntuoso palacio construido por el gran cardenal difunto. Con mucha razon vieron todos en este paso el resultado de un cariño especial que la reina Ana profesaba á su ministro, cuyas facciones le recordaban las del amante de su juventud, el embajador Buckingham. Las cartas escritas del propio puño de la reina á Mazarino no dejan ninguna duda de que entre ambos existian las relaciones mas íntimas. De estas cartas amorosas escribió Ana á veces dos en un dia segun se ve por las fechas; mientras que muchas contestaciones de Mazarino respiran los celos del amante cariñoso; y se ha dicho siempre, pero sin que se haya podido probar, que esta union entre una reina y un cardenal estaba autorizada y legalizada hasta por una especie de casamiento.

Desengañados los *importantes*, llegó el turno al pueblo que en su mayoría quedó pronto muy desencantado del nuevo gobierno. La fama de Mazarino se fundaba en la buena mano que habia tenido en las negociaciones pacíficas en que habia intervenido, y por eso el pueblo francés, cansado de las largas guerras y de las pesadas cargas que le imponian, habia creído ver en la subida al poder de Mazarino el principio de una era de paz; pero como Mazarino estaba muy distante de abandonar ninguno de los grandes planes de su maestro pasaron los años, siguieron las guerras, y lo que era peor sin resultados ostensibles, á pesar de alguna que otra victoria. La razon era que Mazarino no entendía gran cosa de arte militar mientras que su gran predecesor, por el contrario, habia sido general eminente y aun mejor ministro de la Guerra.

Los catalanes, que ya habian proclamado al rey de Francia conde de Barcelona, fueron otra vez sometidos por los españoles. El duque de Guisa, elegido capitán general de Nápoles por el pueblo sublevado, quedó abandonado por el gobierno francés y Nápoles fué otra vez presa de la tiranía española. En Alemania variaba la fortuna de la guerra sin cesar, y mientras se echaba de menos el genio universal é inquebrantable de un Richelieu, crecia la carga de las contribuciones en proporciones espantosas, tanto más cuanto que la regente con su liberalidad habia vaciado el tesoro en los primeros meses de su gobierno. Decíase, bien que sin el menor fundamento, que Mazarino se oponia á la paz con España y con el emperador por motivos de egoismo personal. La ira contra el gobierno creció y se generalizó de un modo siniestro, sobre todo desde que Mazarino nombró á un compatriota suyo, el italiano *D'Emeri* director general de contribuciones. Entonces se oian en todas partes expresiones como esta: «Para enriquecerse estos extranjeros desuelan el pobre pueblo francés.»

En algunas provincias abíase hamotinado abiertamente la poblacion rural; pero todas estas resistencias del pueblo no habrian hecho mella en el gobierno, si los descontentos no hubiesen logrado poner de su parte una de las primeras corporaciones del reino: el parlamento de Paris. Este tribunal superior, y mas poderoso que todos los demás parlamentos de las provincias francesas, ambicionaba desde mucho tiempo desempeñar un papel semejante al del parlamento inglés, con el cual sin embargo nada tenia de comun fuera

del nombre. Ya en 1615 habia pretendido el derecho de examinar, enmendar y aun desechar los edictos y reglamentos reales antes de registrarlos conforme era costumbre á fin de elevarlos á ley, y de formar causa y juzgar á los funcionarios públicos culpables de acciones ilegales aunque las hubiesen cometido por orden del mismo rey. A todas estas pretensiones, que á la verdad carecian de fundamento legal é histórico, habia contestado Richelieu con su aterradora negativa; pero Richelieu habia muerto, y la gratitud y el afecto del pueblo francés al parlamento por algunos actos de resistencia que habia opuesto en su modesta esfera á ciertos actos despóticos del cardenal, se habian conservado y aumentado; lo cual animó á esta corporacion á aprovechar la situacion que le ofrecia el mando de un ministro menos enérgico, para derribar con la ayuda de la multitud descontenta el régimen despótico que imperaba en el país, conquistando y asegurándose la participacion en los actos legislativos y económicos del gobierno. Este espíritu de independencia en los consejeros del parlamento se basaba principalmente en la circunstancia de que su cargo no era de nombramiento real sino hereditario; una propiedad adquirida á costa de grandes gastos y sacrificios, pues solo podian recibir su investidura despues de un exámen de capacidad jurídica.

En el año 1644 manifestóse la resistencia del parlamento de un modo palpable ya, negándose á registrar, es decir, á dar fuerza de ley á toda nueva real orden sobre contribuciones. Mazarino quiso espantar al parlamento haciendo prender al presidente y tres consejeros; pero con esta medida poco meditada provocó una derrota completa del gobierno, porque el parlamento se presentó unánime á reclamar contra este acto brutal, y se declaró en huelga, es decir, durante tres meses no funcionó aquel tribunal supremo del país, lo cual obligó al cardenal á ceder y poner en libertad á los presos. Esta victoria aumentó en gran manera los bríos del parlamento. Mazarino, no obstante, alternando hábilmente en sus actos políticos, haciendo un dia concesiones y obstinándose otro en sus exigencias, logró que el parlamento admitiese varias contribuciones y empréstitos nuevos, realmente necesarios para la continuacion de las guerras con las potencias extranjeras, hasta que al fin el parlamento perdió la paciencia y en el año 1648 riñó formalmente con el gobierno, dando lugar á la última sublevacion de la Francia antigua contra la moderna, de la monarquía antigua contra la monarquía absoluta. Quizás no habria sucedido esto si Mazarino no se hubiese mostrado en los últimos años muy diferente de lo que habia sido antes. Se habia vuelto arisco y huraño para los grandes del reino, codicioso en demasia de su interés personal, pero derrochador de los fondos públicos y pródigo de destinos en favor de sus parientes y parciales; y para aumentar el odio que se le tenia, era extranjero y no habia sabido hacerse temible como Richelieu.

Cinco fueron las nuevas reales órdenes que referentes á nuevas cargas tributarias pasó el gobierno en el citado año de 1648 al parlamento para su registro y que provocaron la gran resistencia de esta y de otras corporaciones influyentes. Por una de estas órdenes imponia el gobierno una contribucion á los altos funcionarios de la administracion civil y judicial; de suerte que todas las direcciones superiores, la de contabilidad, la de contribuciones, el gran consejo y los parlamentos todos se aliaron con el de Paris en mayo 1648, celebrando una verdadera alianza ofensiva y defensiva, una hermandad mutua, por supuesto por lo pronto solo con el objeto egoista y personal de librarse de la obligacion de contribuir por su parte á las cargas del Estado. Sin embargo, no tardaron los ánimos una vez excitados en dar mayor

extension á sus proyectos, proponiéndose nada menos que «la reforma del reino;» y gracias á la angustiosa penuria de la corte, lograron las corporaciones aliadas arrancar á la regente á fines del mes de junio la autorizacion para sus asambleas revolucionarias.

Cuando el parlamento hubo llegado á este punto, atribuyóse una especie de dictadura sin tener el menor derecho á ello. Con buen instinto procuró la eliminacion de los principales instrumentos de la omnipotencia régia; en primera linea la supresion del cargo de intendente; luego la destitucion del director general *D'Emeri*, y el nombramiento de una comision investigadora de los fraudes de los empleados; y además abolió todas las contribuciones impuestas á la nacion sin el libre asentimiento del parlamento.

Para imponer y dominar el espíritu rebelde del parlamento resolvió el gobierno enviar allí al joven rey, que entonces solo tenia nueve años cumplidos, pero su presencia é intervencion no tranquilizaron los ánimos excitados. Mientras estaba el regío niño presente, callaron los consejeros y registraron los documentos y órdenes del gobierno; pero al dia siguiente renació la oposicion mas violenta que antes.

Luis XIV era entonces un muchacho esbelto y para su edad alto; sus facciones, sin ser rigurosamente bellas, eran agraciadas, expresivas y para su corta edad extraordinariamente dignas y serias. Los diplomáticos extranjeros ensalzaban en sus relaciones su discernimiento y el aire de grandeza con que procedía en todas las cosas. Parecia entonces hasta demasiado pensativo y serio para su edad. Su educacion anduvo muy descuidada. A la sazón hacia algunos meses que habia tenido viruelas, cuyas cicatrices se veían en su cara, sin desfigurarla, sirviendo solo para recordar á los miembros del sedicioso parlamento el peligro por que acababa de pasar el joven monarca. Pero su aspecto no logró apaciguar las discolas pasiones excitadas contra el gobierno y la corte, que representaban en semejantes circunstancias un papel por demás lastimoso y se irritaban al ver llegar la osadía siempre creciente del parlamento hasta querer apoderarse completamente de la direccion de los negocios públicos.

En esto recibióse la noticia de la brillante victoria que el nuevo príncipe de Condé, antes duque de Enghien habia ganado en 20 de agosto de 1648 sobre los españoles cerca de Lens, noticia que reanimó á la reina y á sus ministros. El joven rey mismo exclamó al saberla: «¡qué mohino se pondrá el parlamento!» Mientras se celebraba la victoria con un solemne *Te Deum* el 26 del mismo mes fueron presos dos jefes principales de la oposicion; el presidente del parlamento *Blancmesnil* y el consejero *Broussel* probablemente para aprovechar la ocasion é intimidar á los descontentos; pero se erró completamente el tiro. El pueblo estaba ya hacia tiempo identificado con el parlamento, corporacion que habia salido del pueblo mismo y que hacia la oposicion á unos extranjeros, entre los cuales se contaba tambien la regente, dominada por ellos. Por otra parte, el consejero *Broussel*, anciano venerable, era muy bienquisto del pueblo de Paris que le llamaba simplemente el «viejo *Broussel*.» Su prision puso en movimiento á toda la ciudad en pocas horas; los ciudadanos se precipitaron armados fuera de sus casas; las cadenas, que segun costumbre de aquella época cerraban todas las calles durante la noche, fueron aprovechadas para la construccion de barricadas con la innata destreza revolucionaria de los parisenses, y las pocas tropas reales fueron acorraladas al rededor del palacio real. El parlamento quedó dueño de la ciudad, y el 27 pasó en solemne comitiva á la habitacion de la regente para pedir la libertad de sus indi-

viduos presos, que obtuvo despues de alguna resistencia de parte de la regente y á cambio de la promesa del parlamento de ocuparse por lo pronto exclusivamente en satisfacer las necesidades del tesoro real.

Fácil es comprender que la victoriosa oposicion no continuaria por mucho tiempo limitándose á las cuestiones económicas: el incidente mas fútil debía bastar para llevar la discusion otra vez al terreno vedado de la política. En fin, estando ausente la corte, que se hallaba á la sazón en su residencia habitual de otoño, en Ruel, situado fuera de la capital, aunque próximo á ella; y sabiéndose que Condé, ligeramente herido, habia ido allí y manifestado que Paris se hallaba enteramente amotinada y que seria indispensable un sitio con todos sus horrores para someterlo, el parlamento aprovechó la ocasion para ordenar el abastecimiento de la ciudad y el armamento de todos los ciudadanos, y en 22 de setiembre resumió el presidente Blancmesnil el descontento general en las siguientes palabras: «Todo el mal proviene de un solo hombre, de un extranjero, el cardenal Mazarino.» Desde aquel momento el sucesor de Richelieu, representante y defensor de la potestad régia, fué el blanco declarado de los descontentos que se dieron el nombre de la *Fronda* y los *frondistas*, nombre como el de tantos otros de partidos políticos, destituido de genuino sentido.

Una vez mas logró la regente restablecer la paz renunciando á 20 millones de contribucion por su disposicion del 24 de octubre de 1648. La corte regresó á Paris; y la paz de Westfalia, firmada en este mismo dia, que poniendo término á una guerra sangrienta de treinta años, dió la Alacia á la Francia mas como fruto de su astuta diplomacia que como premio de su valía militar, pareció que debía facilitar una inteligencia amistosa sobre la cuestion de hacienda entre el parlamento y el gobierno. Mas no fué así: España, con razon envalentonada con los desórdenes interiores de Francia, se negó á firmar la paz general, y la guerra continuó en los Paisés-Bajos, en la frontera de los Pirineos, en Borgoña é Italia, en condiciones muy desfavorables para la Francia. En el interior tampoco marchaban mejor los asuntos; el parlamento, deslumbrado con sus victorias, en los últimos dias del mismo año rompió de nuevo las hostilidades, principalmente contra el cardenal Mazarino. Este habia mostrado en todas aquellas contiendas interiores la mayor reserva (lo cual explica la falta de todo plan en los procedimientos del gobierno) ya para dejar desarrollar el conflicto, ya principalmente para aguardar á que los frondistas llegasen á injuriar á la misma reina y á los príncipes, á fin de comprometerlos personalmente en el movimiento, y enlazar irrevocablemente con su política los intereses del trono y de la familia real. Hasta habia encargado á su amiga la regente que le obedecia á ciegas, que se quejara de él á los príncipes y les hiciera entrever un cambio en el gobierno.

Así estaban las cosas cuando intervino otra vez el príncipe de Condé con el fatal consejo de atemorizar á los parisienses con grandes preparativos de sitio. La corte juzgó necesario alejarse de Paris, y en la noche del 5 al 6 de enero marchó tan secretamente á San German en Laye, distante dos leguas de la capital, que la traslacion se pareció mas á una huida que á un viaje de un rey de Francia, porque cerca de la media noche fueron sacados dormidos de sus camas el rey y su hermano Felipe y metidos en un coche que les esperaba fuera de la ciudad. En San German no habia mas camas que dos ó tres catres para la regente y sus dos hijos; los demás de la comitiva régia tuvieron que contentarse con un brazado de paja, y no todos lo encontraron.

Estos fueron los principios del reinado de Luis el Grande, que despues fué el soberano mas poderoso de la cristiandad.

Jamás se borraron de su memoria estas escenas, ni jamás las perdonó al parlamento.

Condé se habia equivocado de medio á medio con su consejo de atemorizar á los adversarios de la corte por medio de amenazas de sitio; pero como soldado, tenia una idea muy pobre del valor de los ciudadanos de la capital. Apenas supieron éstos que la corte se habia ausentado y que amenazaba sitiar la ciudad, todos se armaron de nuevo. El parlamento recibió una real orden mandándole trasladarse á la pequeña ciudad de Montargis, y contestó declarando en 8 de enero de 1649 á Mazarino fuera de la ley, enemigo de la tranquilidad pública, del rey y del país, y ordenando al propio tiempo el enganche de tropas. Era la declaracion de guerra civil.

Despertóse al momento el partido de la alta nobleza, no obstante los rudos golpes que habia experimentado en tiempo de Richelieu, para valerse de tan favorable coyuntura y renovar sus antiguas pretensiones. Verdad es que los dos jefes principales, Orleans y Condé, estaban con la corte; pero los hermanos del último y un número considerable de otros grandes se pusieron á la cabeza de las milicias de la capital, y para que esta guerra civil se pareciera mas á las anteriores entró la Fronda en relacion con los españoles.

La multitud de tantos nombres relumbrantes fué la perdicion de los revolucionarios. Entre todos aquellos ilustres caballeros, dominados solo por su mezquino egoismo, que siempre ha perdido á la aristocracia francesa, no habia ni uno solo que estuviera animado de sentimientos generosos en favor de un principio de bien general; únicamente la vanidad ofendida, la ambicion no satisfecha, la codicia ó el odio y enemistades personales los impulsaban á la oposicion, con el deseo de poder hacer cada uno la paz con la corte cuanto antes, en cambio de concesiones favorables á su particular interés. La libertad, la seguridad de las personas y propiedades, un gobierno nacional, todos estos grandes principios en favor de los cuales se habian armado el parlamento y el pueblo de Paris, nada significaban para estos nobles, distinguidos y egoistas que solo se cuidaban de sus miserables y mezquinos intereses personales. En frente de tales hombres, para quienes el país solo era un territorio explotable por cierto número de privilegiados, hemos de conceder nuestras simpatías á los defensores de una monarquía vigorosa, que por lo menos se identificaba con el bien y el brillo de toda la nacion.

Por ambos lados se luchó sin energía, ni decision, por lo cual se cansaron muy pronto el pueblo y el parlamento de una situacion que no se prolongaba sino por las contiendas interiores de la gente cortesana, y que entre tanto les imponia grandes privaciones condenándoles á vivir encerrados dentro de la capital. El resultado fué que se hizo la paz en Ruel en 1.º de abril de 1649, despues de muchas conferencias entre los comisionados del parlamento y los ministros, bajo las condiciones de una amnistía por lo pasado, el consentimiento de que el rey hiciera en los dos primeros años un empréstito de doce millones de libras (87 y medio millones de pesetas y algunas ventajas casi puramente personales para los grandes y nobles aliados de los frondistas. ¡Ni una palabra en favor de los grandes principios que defendía el parlamento, ni del alejamiento de los extranjeros del gobierno! Con semejantes adversarios tenia la monarquía asegurada la victoria final con esta paz. Quedaron apaciguadas las provincias cuyos parlamentos y poblaciones habian hecho causa comun con los de Paris; prueba evidente de que con una direccion inteligente y leal, habria costado poco trabajo vencer al partido del poder real absoluto. Hecha la paz se desahogó el odio del pueblo contra el cardenal ministro en

miles de estribillos serios y satíricos, que por su gran número recibieron el nombre de mazarinadas. El rey, despues de alguna vacilacion, regresó á su capital y hasta el odiado director general de contribuciones D' Emiri volvió á ocupar su puesto.

Con secreta y maliciosa alegría vió el cardenal en breve enemistados con el príncipe de Condé los frondistas todos, los grandes descontentos y los consejeros del parlamento, disgustados de las pretensiones del príncipe exageradas en todos sentidos, y que habian concluido por querer destituir al cardenal.

Entre los enemigos de Condé, que se habia hecho inaguantable á todos, figuraba en primera linea el jefe de los frondistas, Juan de Gondí, coadjutor del arzobispo de Paris, hombre inmoral, impío y vanidoso, pero vivo, inteligente, hábil y embustero, y que con cualidades brillantes é insinuantes maneras habia ganado grandísima influencia sobre la poblacion. Mazarino prometió á este hombre el capelo cardenalicio, y á sus amigos otras recompensas, y con esto los tuvo al momento dispuestos á proceder de consuno para perder á Condé que efectivamente fué preso en 18 de enero de 1650 con su hermano, el imbécil y contrahecho príncipe de Conti, y su cuñado el duque de Longueville, los cuales fueron todos encerrados en el castillo de Vincennes. Las respectivas provincias de que eran gobernadores fueron apaciguadas y reducidas á la obediencia por un ejército real á cuya cabeza se puso la corte.

Mazarino triunfaba. Sin valerse de los terribles recursos de Richelieu, sin verter una gota de sangre, habia desarmado á los partidos rebeldes, tranquilizado al parlamento y al pueblo, logrado dividir á la nobleza y hacerla inofensiva; pero habia triunfado demasiado pronto. Los españoles, aprovechando las contiendas interiores de Francia, invadieron y ocuparon la Picardía; sublevóse la Guiena en el extremo Sudoeste del reino, donde el príncipe de Condé tenia mas partidarios, amén del pueblo de Burdeos, muy descontento del gobierno; levantóse tambien el Poitou instigado por la jóven y valiente princesa de Condé. El parlamento de Burdeos tomó parte en el movimiento, declarando á los jefes del ejército real «enemigos del rey y del país,» y fué menester una verdadera campaña para obligar á esta ciudad á someterse y hacer la paz, campaña que permitió á los españoles extender sus expediciones hasta muy adentro de la Champagne, mientras los generales franceses en Italia y en la frontera de los Pirineos, faltos de todo recurso, sufrían derrota tras derrota.

Estos descalabros, de los cuales era Mazarino en el fondo inocente, causaron grandísimo disgusto en toda la poblacion, que paulatinamente volvió á acordarse del vencedor de Rocroy y de Lens, á quien el cardenal, para evitar una sorpresa, habia hecho trasladar al Havre. Los jefes de la Fronda conocieron que perderian su popularidad si no se ponian del lado del príncipe contra el ministro, y por otra parte Gondí estaba irritado contra Mazarino por lo mucho que tardaba en llegar el prometido capelo rojo. El astuto prelado supo ganar, separándole del partido de la corte, al siempre vacilante y falaz Gaston de Orleans, el cual, cuando el parlamento de Paris, unido estrechamente con los frondistas nobles, pidió en lenguaje violento la libertad del príncipe de Condé, declaró que se abstendría de todo trato con la corte interin la regente no arrojase de su lado al «extranjero;» petición que tambien acabó por hacer suya el parlamento á principios de febrero de 1651.

Mazarino juzgó conveniente ceder; abandonó la corte y se fué al Havre para darse el mérito de poner en libertad al príncipe preso, objeto de tantas reclamaciones; mas esta for-

zada generosidad no le fué agradecida. Tras él llegó una órden del parlamento, que la reina se vió precisada á aprobar, mandándole, así como á sus parientes, allegados y servidumbre extranjera, «salir del reino en el plazo de dos semanas y de no volver á pisar el territorio francés bajo ningun pretexto, ni motivo, ni con cargo oficial.» La reina y sus hijos fueron custodiados poco menos que como presos en el Louvre; los otros ministros, todos amigos de Mazarino, hubieron de abandonar sus puestos y retirarse á las provincias, y Mazarino, cumpliendo con la órden, se retiró á un palacio de recreo que tenia en Brühl el elector de Colonia.

Tan prematuro como el primer triunfo de Mazarino fué el posterior de sus enemigos que esperaban por resultado de su alejamiento el restablecimiento de la paz en el interior del reino, porque sucedió cabalmente todo lo contrario, conforme era de presumir, por lo demás, atendido el carácter de los individuos y corporaciones que á la sazón imperaban. En Paris hubo reuniones tumultuosas del clero y de la nobleza, mientras el parlamento solo pensaba en monopolizar el gobierno y fundar una oligarquía del dinero, con lo cual infringió la mayor ofensa al clero y á la nobleza. En una palabra, toda aquella muchedumbre egoista, intrigante y pobre de ideas se disputaba las ruinas de la monarquía sin manifestar ni una sola idea ó principio grande. El resultado fué que los ciudadanos parisienses perdieron luego las ganas de pelear por clases privilegiadas que se disputaban entre sí el botín, y en su consecuencia volvieron á sus ocupaciones pacíficas. El intrigante coadjutor, eclipsado otra vez por el príncipe de Condé, volvió á aliarse con la reina contra el príncipe, el cual en vista de esto tuvo por prudente marcharse de Paris y retirarse á la Guiena, su gobierno. Esta retirada, considerada como declaracion de una nueva guerra civil, tuvo efecto el 7 de setiembre de 1651, la vispera del dia en que el jóven rey llegaba segun la ley, á la mayor edad, ó sea á los 14 años. La solemnidad que se celebró con este motivo, fuera de las ceremonias oficiales de rúbrica, no cambió por lo pronto nada en el gobierno de la nacion, que continuó en manos de la regente, con la diferencia de que esta desde aquel dia tuvo la satisfaccion de cubrir sus actos con el nombre del jóven rey. El primer uso que hizo Luis XIV de su autoridad fué marchar á la provincia del Sudoeste para someter al príncipe de Condé y sus nobles amigos, que habian tomado á su sueldo verdaderos ejércitos. Apenas hubo salido la corte de la capital, el rey á instigacion de su madre y en contra de lo que repetidas veces esta habia prometido al parlamento, llamó secretamente á Mazarino, el cual obedeció de muy buena gana, solo que no quiso entrar en Francia como simple servidor particular, á quien la reina pudiera verse obligada á sacrificar en circunstancias dadas, sino como magnate á la cabeza de una respetable fuerza armada que enganchó á sus expensas. El parlamento, al saber su resolucion, puso su cabeza á precio, ofreciendo 50,000 escudos al que se la llevase, cuya suma debía cubrirse con el resultado de la venta de la magnífica biblioteca del cardenal que constaba de 40,000 volúmenes. El clero protestó contra esta órden, pero solo en el concepto de ser Mazarino dignatario de la Iglesia, porque el orador encargado de presentar y defender la protesta, aplicó al cardenal las palabras de la Sagrada Escritura que hablando de Cain el fratricida: *Posuit Deus signum in illo, ut non interficeret eum omnis qui invenisset eum* (Dios puso á Cain una señal á fin de que los que le encontrasen no le mataran). Además dijo este orador que la suma ofrecida como precio de su cabeza era exagerada, porque solo se habian pagado treinta dineros por Jesu-Cristo! Todo esto no impidió al cardenal entrar en Francia el penúltimo dia del año de 1651 á la cabeza de 6,000 hom-